

hay muchos menos elementos destructores que elementos conservadores, de la misma manera que en el mar hay menos huracanes que vientos regulares y benéficos. Los Alejandro, los Atilas, los Gengiskans desaparecen. Desde la caída del imperio romano ya no hay estado en Europa cuyas instituciones tengan por objeto la guerra y la conquista. ¿Quién no sabe que el arte de la guerra, perfeccionándose, ha disminuido los males que produce? Puede vislumbrarse la época en que, á causa de estos mismos perfeccionamientos, la guerra será, por decirlo así, imposible (1). Sin embargo, no quiere Herder confiar á la guerra el cuidado de poner fin á la guerra. Toma parte en la cruzada del siglo XVIII contra las conquistas. El escritor alemán es uno de los héroes de esta santa guerra. En Francia los filósofos y los poetas parecen voluntarios que hacen el disparo y vuelven á meterse en casa. Herder es el general que disciplina aquellos innumerables combatientes y asigna á cada uno su tarea. Detengámonos ante esta expedición de nuevo género; la historia no ha visto todavía otra igual (2).

Herder hace una observación muy exacta acerca de los horrores de la guerra; á fuerza de verlos ó de leer sus relaciones, nuestra sensibilidad se embota, y hablamos de ellos como hablan los médicos de la peste. Si se reflexionase un momento acerca de los innumerables males que produce, apenas nos atreveríamos ni á pronunciar su nombre. Los literatos, en lugar de celebrar neciamente las hazañas guerreras, deben decirnos la sangre y las lágrimas que cuestan. Herder pregunta por qué en todos tiempos y en todas partes se ha glorificado á los conquistadores como á semidioses. Cree que es por respeto á la fuerza. Cuando Dios se revela por medio del sol de su providencia ó del dulce rocío de su bondad, no parece tan majestuoso ni tan adorable á los hombres como cuando se manifiesta por medio del rayo y del trueno en las tempestades y en los huracanes. ¿Pero quién no ve que estos sentimientos son los de los pueblos salvajes y bárbaros? A medida que el hombre se va educando, adora la caridad de Dios más que su poder. ¿Por qué han puesto los Griegos algunos ilustres perso-

(1) HERDER, *Zur Philosophie der Geschichte*, xv, 2.
 (2) IDEM, *Briefe zur Beförderung des Humanität.*, núm. 63.

najes en el número de los semidioses? Si han divinizado á los Hércules y Teseos, ha sido por sus beneficios. ¿Cómo, pues, podemos dar el título de héroes á esos conquistadores que se llaman á sí mismos azotes del género humano? Reservemos esta gloria para los bienhechores de los hombres. Herder busca en vano en la historia un personaje que responda á su ideal; se ve precisado, como Rollin, á contentarse con un héroe imaginario. Prefiere don Quijote á todos los Alejandro del mundo. El héroe de Cervantes se proponía un fin realmente divino; reemplazar la injusticia con la justicia, la violencia con el derecho, ayudar al débil y humillar al fuerte que abusa de su poder (1).

No gustan á Herder los pueblos conquistadores, como no le gustan los príncipes guerreros. Se distingue por la indulgencia de sus juicios históricos; pero pierde toda moderación cuando se trata del pueblo de Marte. Para él Roma es una caverna de bandidos. No quiere creer que sus sangrientas conquistas hayan tenido una misión providencial. Los Padres de la Iglesia han hecho notar ya que las victorias de las legiones abrieron el camino á los apóstoles de Cristo. Herder se indigna contra esta especie de apología; ¿no es una blasfemia contra Dios el creer que para propagar la verdad y la virtud no ha encontrado más instrumentos que manos manchadas de sangre y de rapiña? Herder no cree tampoco que la conversión violenta de las naciones paganas al Evangelio haya sido una ventaja para la civilización; la deplora más bien como una desgracia; ¿no hubiera sido mejor que aquellas poblaciones se desarrollasen en completa libertad, sin ninguna influencia extranjera? Menos todavía aplaude Herder las cruzadas, y es muy natural que sólo tenga maldiciones para los conquistadores de América; ¿quién se atrevería á decir que aquellas horribles guerras han tenido un objeto providencial? (2).

Nosotros nos asociamos á los sentimientos de Herder, pero sin participar de sus pasiones. En el curso de nuestros *Estudios* hemos tenido más de una ocasión de combatir sus apreciaciones;

(1) HERDER, *Adrastea*, I, 5.

(2) IDEM, *Ideen*, XIV, 3, 6; XX, 3.—*Briefe zur Beförderung der Humanität.*, LVIII.

por ahora nos limitaremos á observar que el filósofo alemán confunde la justificación de la Providencia con la justificación de los hombres. Buscar las razones providenciales de las cosas, es justificar á Dios, es hacer ver que el mundo se rige por una ley moral y no por la fuerza; y si resulta que Dios sabe sacar el bien de nuestras malas pasiones, esto no implica que dichas pasiones dejen de ser malas. *Herder* es injusto al presentar la ciudad eterna como una caverna de bandidos; es injusto cuando condena en absoluto las cruzadas y todos los conquistadores. Estos ataques apasionados fueron un bien, sin embargo, porque difundieron el sentimiento de la humanidad y las ideas de derecho y de justicia.

¿Bastará esto para poner fin á las guerras que arrasan la tierra? *Herder* sabe perfectamente que hay un mundo en el cual penetran con dificultad estos sentimientos y estas ideas. Se dirige al corazón de los príncipes para combatir su falsa política. No reproduciremos sus bellos versos sobre la manía de las conquistas (1). La poesía no convertirá nunca á un rey, aún cuando sea alemán y artista. Hasta dudamos de que la razón ejerza algún imperio sobre los que disfrutaban de un poder absoluto. En vano el historiador filósofo les enseña que las conquistas violan las leyes de la creación, encadenando naciones que Dios ha destinado para vivir libres é independientes. En vano les hace ver que las monarquías universales son una obra artificial fundada sobre arena y que el menor viento desbarata, como los castillos de naipes (2). Las lecciones de la historia no han impedido al gran guerrero del siglo XIX intentar de nuevo una obra, en la que todos los conquistadores habían fracasado, y fracasarán siempre, porque está en oposición con los designios de Dios.

Herder está mejor inspirado cuando dice que es necesario ilustrar á los pueblos. En el momento mismo en que escribía, la revolución ponía fin al antiguo poder real é inauguraba la era de las naciones. Pero encadenados por espacio de siglos á la voluntad de sus señores, los pueblos conservan aún las huellas de sus hierros; tanto han fomentado los reyes sus antipatías, que los odios nacio-

(1) HERDER, *Geschichte*, lib. III, núm. 23.

(2) IDEM, *Ideen*, XII, 2.

nales subsisten por más que ya no tengan razón de ser. Es verdad que las divisiones nacionales tienen su primer principio en un sentimiento legítimo, el amor de la patria; pero el patriotismo no es sinónimo del odio. El nombre de la patria despierta el recuerdo de la familia; y la familia ¿no despierta la idea de una sociedad más grande, la del género humano, de que todos somos miembros? Si debemos amar á nuestra familia particular, debemos también amar á la familia general. El amor debe engendrar el amor y no la hostilidad (1).

Nos falta decir cómo piensa difundir *Herder* los sentimientos de caridad y de fraternidad entre los pueblos. Ya hemos hablado de la asociación de los cosmopolitas imaginada por *Lessing* y aprobada por *Herder* y *Wieland*. El filósofo alemán preve la objeción que se le ha de hacer: su sociedad, á fuerza de ser invisible, ¿no será imaginaria? No, responde *Herder*, lejos de ser imaginaria existe ya. Fausto y Guttenberg son sus grandes maestros; la poesía, la filosofía y la historia son sus órganos. ¿Hay alguna sociedad mejor arreglada? Aquí *Herder* se acerca á la utopía, pero no se deja arrastrar. No quiere una unidad ficticia, no quiere más que el vínculo de los espíritus que une á todos los hombres de corazón y de inteligencia. Cuando esta santa asociación se haya propagado por el globo, ¿quién podrá negar que se habrá dado un gran paso hácia la unidad y hácia la paz? *Herder* no se hace ilusiones acerca de la paz perpétua que predica; conoce perfectamente que no existirá más que en el límite extremo del perfeccionamiento de la humanidad; lo cual quiere decir que el ideal va retrocediendo á medida que nos acercamos á él.

Los detalles en que hemos entrado acerca de la doctrina de *Herder* nos dispensan de detenernos en otros escritores que se ocupan de las cuestiones de paz y de guerra. No hay uno en el cual no se encuentren los sentimientos que constituyen la religión del siglo XVIII. Sin embargo, sería una exageración el sostener que los libres pensadores condenaron unánimemente las guerras y las conquistas. Hay protestas aisladas contra la opinión dominante; tienen también algo de verdad. Sin dejar de simpatizar con la

(1) HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität*, núm. XLIV.

filosofía, más de una vez hemos hecho nuestras reservas; por muchos conceptos es una reacción ciega contra lo pasado. Ahora bien, la reacción va siempre más allá del objeto que se propone conseguir. Es, pues, conveniente que el elemento tradicional encuentre defensores. Vamos á escucharlos y sacaremos algun provecho de sus pensamientos, porque no son hombres ordinarios que entran en lucha contra las exageraciones de los filósofos; se llaman *Federico*, *Montesquieu*, *Vauvenargues*.

§ III.—La apología de la guerra.

N.º 1.—*Federico II*.

I.

Federico II es hombre de guerra y filósofo, y á primera vista parece que el uno es la antítesis del otro. Abramos su *Anti-Machiavelo* y encontraremos máximas que Voltaire hubiera aceptado. «Ahora se prefiere la *humanidad* á todas las virtudes de un conquistador, y ya no se incurre en la *demencia* de estimular con alabanzas *pasiones crueles* que causan la *desolacion del mundo*.» Hémos aquí de lleno en la cruzada filosófica contra los conquistadores. Federico, el futuro héroe de la guerra de los Siete años, dice duras verdades á los héroes sin cuidarse mucho de escoger las palabras. «*El conquistador es un ladron ilustre; el ladron ordinario es bribon oscuro*.» Poco importan al príncipe real los altos hechos de armas y la gloria; no es hombre de ilusiones. Escuchemos su juicio sobre el pueblo rey: «Los Romanos, en el tiempo feliz de la república, eran los bandidos más sabios que han desolado nunca la tierra.» ¿No es, sin embargo, un sentimiento natural la ambicion? Federico responde que «la ambicion y la vanagloria son vicios que se castigan gravemente en un particular, y que siempre son aborrecidos en un príncipe» (1).

(1) Esta sentencia está tomada de las *Consideraciones sobre el estado presente del cuerpo político de la Europa*, escritas en 1733. (*Obras*, t. VIII, p. 26.)

Habiendo llegado á ser rey no renegó de estos sentimientos; al ménos en sus escritos continuó declamando en prosa y en verso contra la guerra. Prescindamos de los versos; la poesía tiene siempre ciertas licencias, que no deben tomarse al pié de la letra. Después de haber hecho la guerra, *Federico* escribió la historia de su tiempo. En el *prólogo* se lee: «Supongamos que la adquisicion de dos ó tres plazas fronterizas, de un pequeño retazo de terreno, deban ser considerados como ventajas; cuando se hace la cuenta de los gastos excesivos que ha costado la guerra, cuán oprimido ha sido el pueblo por los impuestos para reunir estas grandes sumas, y sobre todo que estas conquistas se han alcanzado á costa de la sangre de tantos millares de hombres, ¿quién no se conmovirá á la vista de tantos desgraciados como son víctimas de estas funestas contiendas? Esta es la mejor leccion de moderacion que se puede dar.»

Federico hubiera debido añadir que es una leccion que él no ha aprovechado. Cuando se comparan las máximas del poeta y del historiador con las acciones del rey, ocurre preguntar si el autor ha querido burlarse de sí mismo ó de sus lectores. Tal es la impresion que produjo en Voltaire la oda sobre la guerra, que el rey le envió: «Cualquiera creeria, dice el malicioso corresponsal de *Federico*, que esta oda es de algun pobre ciudadano, cansado de pagar el diezmo, y el diezmo del diezmo, y de ver sus tierras arrasadas por las contiendas de los reyes. Pero no es así; es del rey que ha armado la pendencia, es del que ha ganado con las armas en la mano una provincia y veinte batallas. Señor, Vuestra Majestad hace versos excelentes, pero se burla del mundo. Sin embargo, ¿quién sabe si acaso pensais realmente todo esto cuando lo escribís?.... Un día nos anima la pasion de los héroes y al siguiente pensamos como filósofos.» *Federico* responde á Voltaire: «No os extrañe mi oda sobre la guerra; os aseguro que estos son mis sentimientos. Haced distincion entre el hombre de Estado y el filósofo, y sabed que es posible hacer la guerra por razon, ser político por deber, y filósofo por inclinacion.»

Esta doctrina de un hombre doble es demasiado cómoda para que la historia pueda aceptarla. Equivale á decir que hay una moral para los individuos y otra para los reyes. Si *Federico*, como